

LA HISTORIA DEL PRÍNCIPE SIN NOMBRE



Érase una vez, no hace demasiado tiempo, en un lugar bastante cercano, un pequeño príncipe que quería saber por qué su vida había dado un giro tan estrepitoso. Había pasado de estar en la pradera jugando con sus amigos, ir al mercado a comprar, y de cuando en cuando recibir invitados de las cortes vecinas, a estar preso en la cárcel más horrible e inhumana de todas: su castillo.

Todo empezó un día cualquiera, en la que nuestro pequeño protagonista entró a la sala del trono y oyó a su padre, el rey, hablar con un mensajero bastante conocido y un alquimista que le decían que había algo raro en el aire que hacía enfermar a la gente con fiebres. El

príncipe estuvo escuchando la conversación y se percató de que el alquimista, que parecía oriental, dijo que estas fiebres afectaban mayormente a la población más adulta, como podría ser su anciano padre. El mensajero prosiguió con una frase que cayó sobre el suelo como si de una catapulta viniese: "Nadie podrá salir de sus hogares". Como si de un reflejo se tratase, el joven príncipe corrió a los brazos de su padre. El rey alzó a su hijo y se negó en rotundo a obligar a encerrar a la gente. Los dos forasteros intentaron explicarle, por todos los medios posibles, al monarca que no podía quedarse de brazos cruzados. Le pusieron de ejemplo varios reinos lejanos que ya habían sufrido la tragedia.

- ¡Pamplinas! - sentenció el rey. Y acto seguido, los dos expertos fueron expulsados del castillo.

Unos días más tarde, el rey se mofó de estos expertos junto con sus nobles vecinos, que también habían tenido visita de otros juglares, mercaderes, alquimistas y curanderos que hablaban de la misma "maldición", aunque otros habían usado otro término, "virus", que nadie en ese reino había escuchado todavía. Pocos sabían que esta palabra empezaría a usarse escasas semanas después.

Un día, como otro cualquiera, en el que tocaba mercado en la plaza, la reina y su hijo estaban comprando cuando, de repente, un mercader de especias empezó a toser muchísimo. Ante esta situación, sus compañeros lo llevaron a casa y buscaron al boticario para que le diera una poción que pudiera mejorar sus síntomas. La reina, que tenía un corazón enorme y bondadoso, se interesó por el enfermo y fue aquella tarde a visitarlo. Según los hijos de aquel mercader, uno de sus hermanos había empezado con la misma tos y una leve fiebre, aunque ya estaba recuperado, pero el viejo mercader no había mejorado y se temía seriamente por su vida. La reina trajo consigo al mejor curandero de la ciudad, pero aún con todas las hierbas, mejunjes y disoluciones alquimistas no se pudo hacer nada.

Desde ese día, comenzaron a aparecer multitud de casos de jóvenes, niños, adultos, mujeres que presentaban fiebres, toses, no podían oler... ¡incluso a algunos se les ponía la cara verde! En los feudos y reinos cercanos, todos aquellos nobles que se rieron junto con el rey, tenían toda la cara verde, estaban convalecientes en sus camas y sus delegados debían asumir el mando. Eso sí, nadie salió de su casa hasta meses después. Continuando con el príncipe y su futuro reino, el pueblo estaba enfadado, pero no por las inexistentes medidas, sino por la subida de precio de las hortalizas provenientes del reino vecino. El cónsul del rey, irresponsable y cateto, permitió marchas, manifestaciones y reuniones para que el pueblo se quejara.



Este último párrafo sentenció a cientos de habitantes del reino. El aumento de personas afectadas por el "virus" se disparaba cada día y este mismo cónsul necio fue el primero que rogó de rodillas al rey seguir las mismas drásticas medidas que los feudos cercanos. Decenas de juglares pusieron rumbo a las plazas de los pueblos, ciudades y aislados caseríos de la zona para informar de las nuevas medidas: nadie podría salir de su domicilio más que para pastorear las ovejas, sacar a los animales e ir a misa los domingos a rezar al Señor para que todo eso acabase pronto. Empezando al día siguiente.

Esa noche cundió el pánico. Parecía que se acababa el mundo: gente arrasando mercados que iban a estar cerrados durante semanas, agrupándose con el resto de la familia, procesiones hasta la ermita con ofrendas y ¡gente comprando cosas inútiles para muchos años! Nuestro príncipe se sentía perdido entre la multitud, como un mosquito entre todas las luces de las antorchas que iluminaban la oscuridad de la noche. Sentía que estaba en mitad de una pradera y, de repente, la tierra se levantaba ante él, pero no podía hacer nada para impedirlo. Pies inmóviles ante la avalancha que se venía sobre su vida.

En cuestión de horas, la cosa se calmó. Cuando cesa la tormenta llega la calma. La gente estaba enfadada, muchos sólo tenían un pequeño establo como casa y temían por la salud mental de sus hijos. *¡Son niños! ¡Tienen que salir de casa!* Se hizo un llamamiento a todas las personas que tuvieran un mínimo de conocimiento acerca del virus. No acudió nadie. Nuestro príncipe se reía, llegaba una crisis de dimensiones colosales, pero no había nadie que pudiera evitarla. Lo único que se sabía era que si estabas maldito te quedabas en casa durante medio ciclo lunar, plazo en el que suponía que la maldición desaparecía.



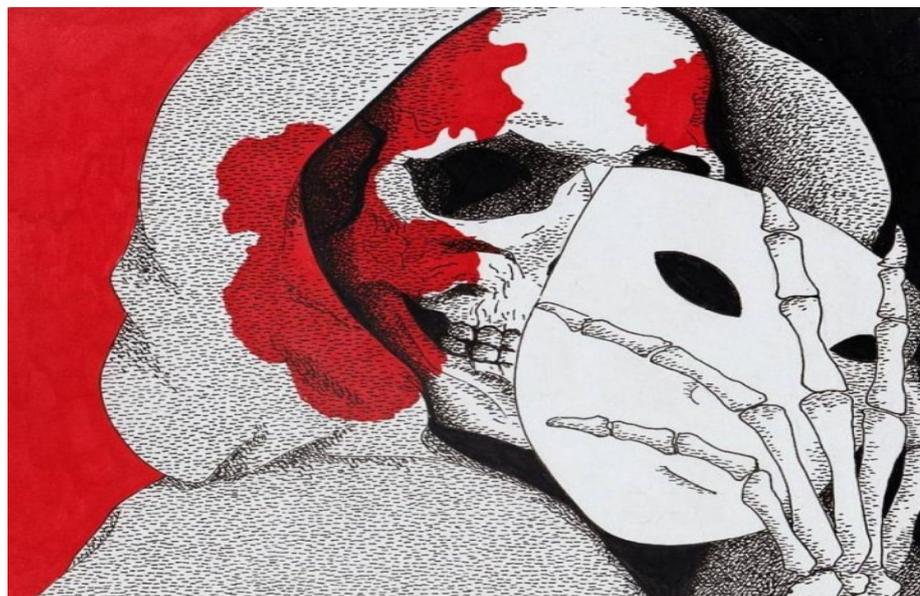
Al día siguiente, se hizo un segundo llamamiento, pero esta vez a las personas que estaban cursando de curanderos o cualquier ciencia que tuviera que ver con el cuerpo y la salud, incluyendo sacerdotes y monjes. Monjes que, por cierto, estaban aislados en medio del campo y no podían venir. El príncipe se reía cada día más que el anterior, todo era un desastre: se decidió poner a juglares que cada día daban una opinión distinta al pueblo y se ordenó que los hijos de boticarios se fueran a atender a las casas, aun sabiendo que podían contagiarse con el virus maldito, poniendo su vida en peligro. Una semana después, lo único que hacía su padre era echarle la culpa a estos nuevos ayudantes, ya que poco se podía hacer para salvar a los más ancianos, diciendo que no hacían nada para parar el virus.

Y ahora que me viene a la mente, el príncipe, sus amigos, los hijos de burgueses, campesinos y agricultores pasaron el encierro sin problema. Todo un ejemplo del que podían haber aprendido sus padres, tíos y abuelos mayores que, aunque tosían que parecían el lobo feroz, aprovechaban para ir a sacar a la vaca a pasear por la plaza. Semanas después de encerrar a la gente en su prisión a medida, el rey (que se reunía constantemente con unos expertos del norte que nuestro protagonista no llegó a ver en las inmediaciones del castillo) aseguró que se podía tener el "virus" (palabra que ahora estaba en boca de todos y se había integrado en el lenguaje sin problema) y no tener ninguna consecuencia ni maldición secundaria, por lo que obligó a los pueblerinos a fabricar unos bozales de cuero para proteger a los demás. Aunque estos bozales tenían

una segunda función: nadie podía replicar ni quejarse con ellos puestos, ni siquiera intentándolo con todas sus fuerzas, era imposible. Lo cierto es que las personas, hartas de las extrañas y escasas medidas, se negaron a que les callasen. Estaban furiosas y querían que lo vieses. Había gente muriendo y las trataban con una frialdad extrema, limitándose a usarlas como números. Los taberneros se arruinaban y nadie ponía ayudas para intentar alejarlos de la evidente deuda. El comercio se había estancado. Además, hubo gente a quienes el encierro no les sentó muy bien y empezaron a especular si todo lo que ocurría era falso, si el rey quería cobrarles más impuestos, etc.

Pero la cosa se calmó cuando, en el solsticio de verano, se alzó la luz y, por fin, se pudo salir de sus hogares. El número de afectados y fallecidos descendió y se pudieron relajar estas medidas; la gente empezó a respetar las nuevas, que estuvieron vigentes unas semanas, mientras llevaban sus bozales y les daban lo que querían: libertad. No obstante, la gente actuaba de manera responsable, no había nuevos picos de enfermos y todo parecía un mal sueño. Hasta que llegó el día en que todo cambió. Era el festival de la cosecha y aunque esto había provocado algunos rebrotes entre agricultores de determinados feudos que rodeaban a la ciudad, nadie estaba demasiado preocupado. Todo el pueblo estaba allí. La gente se quitó los bozales para cenar y empezaron a discutir sobre las medidas del rey, que por cierto se había marchado con la reina de vacaciones, (hecho que no fue bien visto, ya que la gente hubiese preferido que el rey los acompañara en esta "pandemia", palabra que al parecer había venido de unas tierras lejanas y que significaba "crisis" o "problema", pero que también se había acoplado al vocabulario habitual) y el príncipe se había quedado con sus amigos en el festival. Luego, todos bebieron, celebraron, cantaron y brindaron por un futuro mejor, hasta la madrugada.

Dos semanas exactas después, la gente se despertó con la cara verde, tosiendo sin parar y con una fiebre que parecía el mismísimo infierno. Nadie olía el cocido para comer. Nadie podía salir de sus casas porque contagiarían a cualquiera que se encontraran. Nadie podía ayudar a los demás porque todos



estaban contagiados. Meses encerrados para arruinarlo todo en una noche. Nadie les había encerrado, ningún monarca, ningún corrupto cónsul, ni ningún experto. Esta vez habían sido ellos mismos...

Tú mismo podías haber sido el protagonista de esta historia, El Príncipe sin nombre. Cuídanos a todos.

Héctor Gómez 3º ESO